

XVIII. SOLEDAD Y SILENCIO

19 de Marzo de 1984

Muy queridos todos en SM:

Hoy es la fiesta de San José. Deseaba tener parte en la intimidad de su secreto, me escuchó silencioso, leí en sus ojos la soledad de sus noches y la solidaridad de sus días.

En la escuela de San José

Porque vi y escuché, ahora hablo. Me atrevo a hacerlo pues tengo bien sabido que para hablar de soledad conviene quedarse en silencio, y para decir algo válido sobre el silencio hay que estar solo.

Quiero compartirles lo que he aprendido, en la escuela de José, sobre la *soledad* y el *silencio* humanos, es decir, del hombre. Del hombre que es persona: uno en relación. Nuestra soledad ha de ser comunión y nuestro silencio, comunicación. Si tanto el uno como el otro no son *solidarios*, no son humanos; son, por el contrario, soledad y silencio de ostras, momias o mudos marginados. ¡Dios no lo permita jamás!

Soledad y silencio, capacidad de la persona

Sólo el hombre es capaz de soledad y silencio pues sólo él puede decir “yo”; sólo él es consciente y libre y capaz de hablar. Los animales ladran, relinchan, maúllan, mugen..., pero no hablan; yo no me he encontrado jamás, por ejemplo, con una vaca que me dijera: “Yo soy doña Juana”.

La soledad no se opone a la comunión ni el silencio a la comunicación. Lo opuesto son el aislamiento y el mutismo; ambos son falta de amor, y expresión de orgullo y egoísmo.

También es verdad que quien no es capaz de vivir en soledad, mal vivirá en comunión. Y quien sabe guardar silencio, escucha y habla mejor.

Dios es soledad por ser uno, es comunión por ser trino, es silencio que engendra palabra, es comunicación plena de todo su amor. Creados a imagen de Dios, seamos semejantes a él.

1. SOLEDAD

¿Qué decir de la *soledad*? Sea lo que sea, habré de decirlo con palabras de silencio. Comenzaré extendiendo un abanico de soledades a fin de ubicar aquella que me interesa. Quizás presente algunos modelos. Procuraré concluir con algún consejo práctico.

Se impone empezar por la soledad *exterior*. Soledad geográfica o de lugar vacío y retirado, lugar donde estoy yo solo. Esta soledad es importante, es una ayuda. Pero la verdadera soledad no es un lugar donde se está, sino *donde se es*. La soledad exterior ayuda a ser.

Hay muchas clases de soledades *interiores*. Las hay buenas y malas. Estoy seguro que todos las conocemos por propia experiencia. Veamos, si no.

Soledad de pecado

Reconozco en mí, me avergüenza decirlo, una *soledad de pecado*.

Cuando peco, soy momentáneamente feliz, con una felicidad falsa, claro está, pues soy feliz solo, separado de la verdadera felicidad, excomulgado de Dios. El pecador vive amurallado en su propio ego, niega toda relación, está solo y además se esconde (cf. Gén. 3:7, 10).

No hay soledad más triste, infeliz y destructiva que ésta.

Soledad de injusticia

Hay otras *soledades causadas por culpas propias o ajenas* o, quizás, culpas de nadie. Pienso en los presos, en los niños abandonados, en las prostitutas, en los vagabundos y rechazados. También recuerdo a los enfermos, exiliados, ancianos, viudos, solterones y esposas olvidadas. No puedo dejar de creer que Dios en persona consuela muchas de estas lágrimas y que algún día habrá risas allí donde hoy hay llantos. Aun más, hasta los mismos consoladores pueden ser los consolados.

Hace ya años, en una noche de invierno, me encontré con un borracho. Estaba tirado en el andén de una estación terminal de ferrocarril. Los apurados que pasaban de largo abundaban. Yo también pasaba e interiormente murmuraba contra las estructuras injustas y la ineficacia de la asistencia social, pero el Espíritu me concedió entrañas de samaritano. Me acerqué, lo levanté como mejor pude y lo apoyé contra una pared. Greñas de pelo, barba hirsuta, ojos vidriosos y enrojecidos, boca entreabierta y babosa, vahos de alcohol, todo era uno en esa cara. El rechazo experimentado aún lo siento hoy. Le dije algunas palabras que no recuerdo. De repente me vino desde muy adentro un impulso de besarlo, pues entendí que era Jesús pobre. Lo hice. Aquel hombre me miró; su rostro mostraba asombro y desconcierto, abrió muy grande la boca y gritó: “¡Cristo! ¡Cristo! ¡Veo a Cristo!”

Soledad psicopatológica

Hay otras soledades que también me hacen preguntar: ¿por qué? Me refiero a las originadas por *desequilibrios psíquicos*. Un hijo no esperado ni querido puede ser luego incapaz de amar. Quien no se acepta, no acepta a otros, y esta falta de aceptación crea barreras y sentimientos de extrañeza. El tan común complejo de inferioridad no sólo empequeñece, sino que también aísla. Dejo esto acá; prefiero no preguntarle al Señor aquello que hoy no me corresponde saber.

Pero no puedo dejar de lamentarme. ¡Cuánto dolor por tantas soledades! ¡Cuántos puentes falsos y manotazos al aire para asir alguna compañía! ¡Cuánta evasión y pasión en búsqueda de comunión para terminar más solos aún que antes! Solamente Jesús, desnudo, rechazado, colgado, balbuceando con labios resecaos y amoratados: “Padre, ¿por qué me has abandonado?”, puede salvarnos de tanta soledad estéril y fatal.

Y en las grandes decisiones, últimas responsabilidades y penosas contradicciones –lo saben bien quienes se han jugado por la justicia y la paz–, sólo acompaña Dios en soledad y silencio.

Soledad original de la persona

También reconocemos o presentimos esa *soledad original* propia de la creatura finita que ha de morir. A veces hasta pretendemos huir de ella, ignorando que nadie puede escapar por siempre de sí mismo. El hombre muere solo y sufre también solo.

Y está también la soledad de la persona. Mi propia conciencia y libertad son únicas e irrepetibles. Yo, aunque abierto al tú, soy yo. La experiencia de identidad tiene sabor a soledad.

Soledad de autopresencia

Pero aún no les he presentado la soledad que quería. Me refiero a la soledad en cuanto actitud interior de *autopresencia*. Desde aquí se originan los verdaderos encuentros y la comunión con los hombres. Estamos en las mismas raíces silenciosas de la solidaridad.

La soledad de autopresencia es posibilidad de integración personal, comunión solidaria y acción participativa fecunda. Esta soledad es reveladora del propio yo; en ella surge la nostalgia de comunión con el Otro y los otros. Solo conmigo mismo, aprendo que soy relativo o relacional.

Sin la actitud de autopresencia, la soledad del célibe y la virgen corren el riesgo de esterilidad, y la comunión matrimonial se empobrece en su fecundidad.

En esta soledad estoy muy lejos del aislamiento o solitariedad. El aislamiento es dolor y frustración de estar solo. La autopresencia es el gozo del reencontrarse y encontrar en sí a los otros. Mi soledad última es lugar de encuentro. ¡Cuando estoy solo, los otros no son ellos, sino nosotros!

Testimonio de los grandes solitarios

Por si todavía no me comprenden, recurro a la tradición. Los antiguos hablaban de “habitar consigo mismo”. Es esto a lo cual me estoy refiriendo. En sus confesiones, San Gregorio de Nacianzo nos cuenta: “Paseaba conmigo mismo a la puesta del sol por la orilla del mar, y solía darme a esta especie de recreo para desentenderme un poco de los enojosos quehaceres ordinarios” (VI, III).

Gregorio Magno, el papa monje, nos dice que San Benito se retiró a la soledad, y solo, bajo la mirada del celestial espectador, habitó consigo. Habitar consigo mismo, nos explica Gregorio, es lo opuesto a “divagar por las cosas en torno”; es tener fija la mirada en la guarda de sí mismo, mirándose de continuo ante los ojos del Creador, y examinándose sin cesar, no alejando fuera de sí al ojo del espíritu”. En resumidas cuentas, añade Gregorio, Benito habitó consigo “en cuanto se custodió a sí mismo en el claustro de su pensamiento” (*Diálogos*, II, III).

El Padre eterno le enseñó a Santa Catalina de Siena a “no salir de la celda del conocimiento propio” (*Diálogos*, V, VII:1). Y cuando Catalina le pidió a Jesús mayor soledad, él le dijo: “Muchos están en la celda, y, sin embargo, están fuera de ella; yo quiero que tu celda sea el conocimiento de ti misma y de tus pecados” (*Documento espiritual*). De esta celda jamás salió la virgen de Siena y siempre recomendó permanecer en ella: “No parece que pueda existir la virtud de la plenitud de la gracia sin vivir en la celda de nuestro corazón y de nuestra alma, en donde adquiriremos el tesoro que nos es vida, o sea, el abismo santo del conocimiento de Dios y de sí mismo” (*Carta* 30, a la abadesa de Santa Marta).

¡Qué diferente la actitud de aquel tonto rico que dijo: “Si no me divierto, me aburro”!; no se daba cuenta que, distrayéndose y divirtiéndose, vivía menos, pues huía de sí. Conocí también a otro, más digno aún de lástima, que solía decir: “La soledad es alienante”; dejó de decirlo cuando reconoció, aceptó y elaboró su problema: tenía miedo de sí mismo, del prójimo y de Dios.

Criterios para evaluar la soledad

Pero, por favor, nada de encogimientos o ensimismamientos enfermizos. Todo lo contrario. ¿Qué criterios tenemos para juzgar la autenticidad de nuestra actitud de autopresencia? Al menos estos que siguen:

- Sano sentido de distancia y perspectiva para valorar situaciones y personas, y facilidad de relación con ellas.
- Liberación del vértigo, velocidad y anonimato que imponen las grandes ciudades y aglomeraciones humanas.
- Perseverancia y firmeza con respecto a la propia vocación y a los valores humanos y divinos fundamentales. Y esto pese a la poca popularidad que puedan tener en un momento dado; más todavía, pese a las presiones del medio ambiente y dificultades de la vida.
- Grandes amistades, sentido del humor, originalidad, espontaneidad, creatividad y servicio abnegado.

En fin, la actitud de autopresencia, el habitar consigo mismo, el permanecer en la celda interior del propio conocimiento, se adquieren retirándose con frecuencia a la soledad, a la soledad del desierto o de la habitación, pero siempre a la soledad del corazón. Es, al menos, salir del ruido, de las agitaciones y preocupaciones por cosas y negocios, dejar de lado los espectáculos que divierten... ¿Para qué? Para conocernos mejor, para reflexionar y meditar, para encontrarnos a nosotros mismos y al prójimo encontrando a Dios, para prepararnos a la misión.

Ejemplos bíblicos de soledad

Volvamos por un momento nuestras miradas a quienes nos han precedido en la soledad fecunda y nos han dejado *ejemplo*. Miremos a Moisés, al profeta Elías, a San Juan Bautista. ¿Y qué decir de San Pablo y de su estadía en el desierto antes de iniciar su carrera misional? ¡Hasta el gran apóstol que fue San Ignacio de Loyola se preparó en la soledad de Manresa!

Fijemos nuestros ojos en el Maestro, en Jesús, hijo de María y José. Los cuarenta días que pasó en el desierto fueron la preparación inmediata a su vida de predicador itinerante. Andar y andar que sólo concluyó cuando le cosimos los pies en la cruz. Con harta frecuencia se retiraba a lugares solitarios para encontrarse a solas con su Padre (cf. Mc. 1:35,45; 6:45; Lc. 4:42; 5:16; 6:12; 9:10,18; 11:1; Jn. 6:15). Los montes Tabor y Olivete fueron testigos anticipados del drama y la gloria de su pascua. Y, además, ¿no nos dejó por herencia la oración en secreto, allí donde sólo el Padre nos ve y premia? (Mt. 6:6).

La soledad en la vida y la enseñanza cristianas

El ejemplo de Jesús caló muy hondo en la primitiva Iglesia. Desde siempre, algunos cristianos acostumbraron retirarse de su medio ambiente habitual y ocupaciones cotidianas, en imitación del Maestro. Lo hacían sobre todo durante el tiempo cuaresmal. ¿Por qué motivos? Por mayor soledad, silencio, austeridad, penitencia, discernimiento y oración asidua. ¿Con qué fines? Prepararse para la pascua y acrecentar los deseos de una vida nueva, es decir, para renovar la gracia bautismal.

El magisterio de la Iglesia ha recordado siempre la necesidad de hacer un alto en el camino y los beneficios que de ella se derivan para una vida de servicio (cf. Pío XI, *Mens nostra*). Y no solamente lo ha recordado, hasta lo ha ordenado, al menos para ciertas personas (cf. *Código de derecho canónico*, 246,5; 276,2; 663,5; 770; 1039).

Todo esto no es para nosotros algo nuevo o cosa del otro mundo. Estamos acostumbrados a tiempos fuertes de oración y ascesis personalizante, ya sea en la vida diaria o haciendo un corte para apartarnos con el Señor. Los grandes maestros espirituales nos han señalado, y la propia experiencia las ha confirmado, tres ventajas, entre otras muchas, que de acá se derivan: *merecimiento ante Dios; mayor libertad para buscarlo y encontrarlo; y mejor disposición para recibir sus dones divinos* (cf. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, 20).

En la práctica: jornadas de desierto.

Si me permiten, les hago ahora una recomendación bien concreta respecto de la soledad: pasar al menos una vez al año una *jornada de desierto*. El desierto y los montes solitarios fueron siempre lugares donde Dios reveló sus secretos a los hombres (cf. Ex. 3; 24:1-8; 34:5-9; I Rey. 19:8-13; Lc. 2:7-9; Mt. 17:1-8); en el desierto Dios habla al corazón (Os. 2:16). En el cielo y la tierra se dan la mano y, gracias a la presencia de Cristo, vuelven a convertirse en paraíso el mundo y la tierra árida (cf. Mc. 1:13; Is. 11:6-9).

Pero que nadie se asuste: no hay motivo. Quizás alguno piense que un día solo en soledad es un lujo; es verdad: es un lujo de pobre; ¡séanlo! Se trata, por lo demás, de algo bien sencillo. Si lo desean pueden valerse de estas orientaciones:

- Importa ante todo que la motivación sea la apropiada: no se retiran porque estén hartos de la gente, ni tampoco para relajarse o descansar. Se retiran, al igual que Jesús, para ponerse ante el Padre, encontrarse en su verdad y profundizar la misión.
- ¿Y dónde está Dios? El Señor se les presentará en la naturaleza que los circunda, sea ésta la soledad de una playa, la sombra de un bosque o la altura de un cerro. Pero el Señor también los espera en la soledad y silencio del propio corazón; acallados los ruidos, se oye su voz.
- Es importante que respeten el desierto: no lo llenen de voces y sonidos, la radio de transistores ha de quedar en casa; no vayan tampoco acompañados, sino solos.
- ¿Qué llevar? Cuanto menos mejor. La Biblia, un rosario, alguna estampa o imagen o cruz. También será necesario algo para comer; puede bastar un poco de agua y algo de pan; pronto se aprende que el hambre es el mejor condimento.
- Finalmente, sean asiduos en la oración; para esto se han retirado. Perseveren en la soledad y el silencio. Combatán la tentación con la palabra de Dios. Él no se dejará ganar en generosidad.

La soledad, experiencia poética

Un poeta amigo, y los poetas saben de soledades, me decía cierto día: cuando estoy solo, se me presenta todo lo que hay, en la medida en que me falta; en la soledad, los otros se me vuelven personas y se me hacen más presentes que nunca; el amor auténtico es comunión de soledades; cuando la soledad pesa, busco aliviar a alguno que esté más solo que yo; ¡oh soledad, amiga y compañera del afligido!

2. SILENCIO

En soledad, hablemos del silencio: paradojas

Y hasta aquí las palabras de silencio sobre la soledad. Les escribo ahora algo acerca del *silencio*; lo hago en soledad.

Comenzaré con algunas paradojas que desembocarán en el misterio. Daremos luego una ojeada al silencio de Jesús, a fin de seguir su ejemplo.

Dado que hay varios tipos de silencio, tendré que presentar algunos de ellos, lo cual me permitirá ubicar aquel que deseo subrayar. Terminaré traduciendo la doctrina en un consejo práctico.

Me largo con unas aparentes *paradojas*, dichos que parecen contradictorios en sí mismos. Las paradojas son de gran ayuda a la hora de hablar en silencio.

El sentido del silencio se descubre en la ausencia de sonidos y palabras. No obstante, la naturaleza, tan sonora ella, es maestra en la escuela del silencio. Y además, si las palabras no se intercalan con silencios, no habría lenguaje ni discurso inteligible.

El silencio es la matriz que da forma a las palabras, permitiéndoles comunicar un sentido. Cualquier palabra válida y significativa emerge desde un trasfondo de silencio. El silencio es el seno de la palabra, el lugar donde ella se engendra, si quiere ser portadora de vida. La palabra que ha alcanzado su meta, vuelve al silencio del cual ha nacido. Palabra y silencio coexisten. Y el silencio es palabra pues es comunicación.

El silencio, capacidad del ser humano

Solamente el ser humano es capaz de la palabra; sólo él puede tomar la palabra y nombrar todo lo que es. Y como no hay palabra sin silencio, sólo el hombre es capaz de silencio. Los animales

son mudos, carecen de palabra y de silencio. El hombre está hecho de palabra y de silencio, pues ambos existen siempre juntos.

Pasemos ahora, por un momento, de las paradojas al *misterio*. Para entender a Jesús como Palabra hay que acogerlo en silencio como Palabra de la No Palabra.

El silencio, misterio de Dios

San Ignacio de Antioquía, el obispo mártir, nos dice que el Padre “se ha revelado por medio de su Hijo Jesucristo, que es su Palabra salida del Silencio” (*Carta a los magnesios*, VIII:2). Y Juan de la Cruz agrega: “Una Palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y éste habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oído por el alma” (*Dichos de luz y amor*, 99).

El que posee verdaderamente a Jesús, continúa diciéndonos Ignacio, “puede oír también su silencio” (*Carta a los efesios*, XV:1-2). ¿Quién puede oír su silencio? Aquel que entiende e imita el mensaje de sus obras y ejemplos. Por eso el buen obispo escribirá a los cristianos de Roma, no sin cierto estremecimiento, de él y de ellos: “Si calláis acerca de mí (no intercediendo ante las autoridades), yo seré palabra (pues imitaré al crucificado y daré ejemplo); pero si amáis mi carne (librándome de la muerte), yo volveré a ser únicamente sonido” (II:1).

La conclusión práctica que saca San Ignacio, habiendo contemplado el misterio del silencio, se impone por sí misma; nada impide que nosotros la generalicemos: “Cuanto más vea uno callar a su obispo, tanto mayor respeto debe tenerle” (*Carta a los efesios*, VI:1; cf. *Carta a los filadelfios*, I:1).

El silencio en la Revelación bíblica

Abro ahora las Escrituras. Deseo que el Espíritu me haga oír el *silencio de Jesús*. Si José lo crió y educó, algo ha de haberle transmitido y enseñado.

Jesús Palabra se hizo hombre cuando un sosegado silencio todo lo envolvía (cf. Sab. 18:14-15). Aun más, su profundo silencio interior fue condición para la encarnación redentora (cf. Flp. 2:6-8). Y se mantuvo en silencio durante treinta años.

Callaba, no para evitar el pecado (cf. Sal. 39:2; Prov. 10:19; Sant. 3:9; etc.), ni por carecer de respuesta, sino porque era sabio y conocía su hora (cf. Eclo. 20:6-7). Con silencio inició a los suyos y al pueblo en el misterio del reino de los cielos (Mc. 1:44,45; 8:26; 9:9, etc.).

Nos enseñó a evitar palabras ociosas (Mt. 12:36-37); a desterrar las malas (Mt. 5:22; 15:19) y a ser parcos en ellas, pues Dios nos oye (Mt. 6:7-8).

En el silencio y soledad robustecía su intimidad con el Padre (Mc. 1:35) y preparaba su enseñanza al pueblo (cf. Lc. 21:37-38). Su silencio fue causa de admiración y también de nuestra salvación (Mt. 27:13-14; 26:62-63; cf. Is. 53:7); fue expresión de su absoluta confianza en el Padre, en cuyas manos ponía todo y se ponía (cf. Sal. 39:10; 38:14-16).

Y del silencio y soledad de la tumba resurgió la vida. La vida que nos dio su Espíritu. ¡Su silencio se hizo en nosotros palabra: *Abbá*, Padre!

Tipos de silencio

Vengamos ahora a los diferentes *tipos* de silencio. La premisa ambiental para el silencio interior es el exterior. Pero este silencio no es siempre posible ni es en sí mismo suficiente. Puede referirse a ausencia de ruidos, sonidos y palabras; y también a evitar la acción agitada y exagerada que turba el alma.

El silencio interior puede ser considerado desde varias vertientes. El control efectivo de la imaginación y la memoria es una primera experiencia del mismo. El amor vigilante, que sale al paso de todo aquello que es vehemente y apasionado, pero que no lleva a Dios ni al prójimo, permite entrar a un silencio más profundo aún. Cuando se acalla el entendimiento, la verdad se impone; pero

sólo cuando la voluntad se adhiere a Dios, se conoce el *silencio místico o divino*. Dado que la experiencia mística está sellada por el silencio profundo, resulta difícil hablar de ella; pero nada es imposible para el canto y la poesía:

Mi amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.

La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.

(San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, 14-15)

Estoy seguro que todos conocemos el *silencio de admiración*. Ante una obra de arte, una sinfonía clásica, las penas de una quena, una puesta de sol otoñal; ante una golondrina que dibuja caminos en el cielo o una verdad descubierta, guardamos silencio, pues quien admira calla. Para contemplar lo hermoso o crearlo, para entregar o recibir algo armónico, se precisa silencio. El silencio es puerta de acceso a realidades más cautivantes y valiosas.

Y, ¿qué decir del *silencio ante la adversidad*? No conozco santo que no lo recomiende. El patriarca San Benito, siempre tan mesurado y discreto, es bien claro a este respecto: “...En dificultades y en contradicciones, e incluso en cualquier clase de injusticia a que uno se vea sometido, sin decir nada, abrácese con la paciencia en su interior” (*Regla*, VII: 35; cf. 68). El Juanico de la Cruz, santazo él, es terminante en sus consejos; a las carmelitas de Beas, les escribe: “Es imposible ir aprovechando, sino haciendo y padeciendo virtuosamente, todo envuelto en silencio” (Carta del 22-XI-1587). Su fiel discípula, Santa Teresita, agrega lo que aún podría faltar: “Cuando no se nos comprende y se nos juzga desfavorablemente, ¿de qué sirve defenderse o dar explicaciones? Dejémoslo caer. Nada digamos. Es tan dulce callar, dejar que nos juzguen de cualquier manera... ¡Dichoso silencio que da tanta paz al alma!” (*Últimas conversaciones*, 6-IV – 1897).

El *silencio de acogida* merece todo nuestro aplauso. Sin silencio acogedor, no hay posibilidad alguna de diálogo. El silencio que acoge es signo de respeto y reconocimiento del otro. Es un sí al prójimo, previo a cualquier otro sí o no a lo que diga. Si amar es afirmar, entonces este silencio de acogida es silencio de amor. El silencio es éxtasis de amor; algunas veces calla, siempre escucha, crea ámbitos para la comunión y el diálogo.

Es verdad, el silencio acoge lo que muchas palabras no pueden abarcar ni expresar. Y la acogida del silencio se opone a la posesividad de cierto tipo de palabras. El silencio, cuando es recogimiento y acogida contemplativa, es el clima propicio para el amor. El amor que nace de la conversación y se agota en ella, y no en el silencio, es seducción. Cuando el amor crece en intensidad, se queda en silencio, porque el amor profundo despierta y reclama una atención total que no acepta la dispersión verbal, aunque sí acepta algunas palabras que lo digan todo.

Positividad y negatividad

Claro está que también podemos considerar el silencio desde otras perspectivas. Veremos así que hay silencios positivos y otros que no lo son.

¿Silencios positivos? Por ejemplo, aquel silencio que nos imponemos en ciertas ocasiones por motivos de virtud. Las circunstancias pueden también ser causa de un silencio impuesto, pero fructuoso; pienso en el silencio de la vejez o el que trae aparejado toda ocupación absorbente que reclama aplicación y diligencia.

De los silencios negativos quisiera no hablar, pero resulta que estos mutismos me son familiares. ¿Desconocen acaso ustedes el silencio de rencor, resentimiento, cinismo o murmuración; de odio, egoísmo o miedo; de complicidad o falta de compromiso? Si los ignoran, permanezcan en tan santa ignorancia.

Pero me sigo confesando, tampoco desconozco las palabras de mentira, difamación, adulación, injuria, burla, mal consejo, jactancia, promesa imprudente, amenaza indiscreta, revelación de un secreto... ¡Basta! ¡Basta! Y, ¡perdón!

La “taciturnidad”

Y quedan aún otros silencios, pero por ahora será mejor que no hablen. Deseo presentarles uno que todavía falta. Es el *silencio de taciturnidad*. Me explico, a fin de evitar equívocos.

Sé que la palabra *taciturnidad* tiene en nuestros días un sentido peyorativo; *taciturno* significa: “aislado”, “retirado”, “retraído”, “asocial”, “melancólico”... Pero la etimología del término nos indica algo bien distinto. “Taciturno” deriva de la raíz *tak* cuyo sentido es “estar quieto, aquietado, contento”. En sánscrito, *tucyati* significa satisfacer. De acá que, cuando alguien está “taciturno”, está aquietado y contento porque sus necesidades han sido satisfechas. Si en nuestros días y en nuestra cultura la taciturnidad no es bien vista, y hasta hemos retorcido y tergiversado su sentido, ¿no será porque estamos inquietos e insatisfechos? Al menos vale la pena preguntármelo.

Cuando los autores espirituales de lengua latina se refieren a la taciturnidad, entienden por ella una virtud, una actitud que, al unificar el corazón y sus intereses, permite evitar palabras inútiles. El taciturno es moderado en el hablar y prefiere recibir la palabra divina y del prójimo, siempre que no sea necesario ofrecer la propia (cf. San Benito, *Regla*, VI; San Gregorio Magno, *Regla pastoral*, XIV).

Es decir, que la taciturnidad no es primariamente una cualidad del temperamento flemático ni de la personalidad introvertida. Es el resultado de una personalidad integrada y ordenada, libre de la compulsión por comunicarse, por expresarse, por entablar conversaciones o por poner fin a una pausa molesta.

El abad Poimén, verdadero taciturno, nos ofrece esta regla áurea: “El que habla por Dios obra bien; el que calla por Dios, también” (*Apotegmas*, Poimén, 147). Y San Francisco de Sales, otro taciturno sanguíneo y extrovertido, nos aconseja:

“Buscar conversaciones y evitarlas son extremos vituperables en la vida de sociedad. Evitarlas supone desdén y menosprecio del prójimo; buscarlas puede conducir a la ociosidad y a la pérdida de tiempo. Debemos amar a nuestros prójimos como a nosotros mismos; para mostrar que se lo ama, no es necesario huir de él; para probar que nos amamos, es necesario permanecer cada uno consigo mismo cuando nos hallamos solos... Si nada, pues, te urge a ir en busca de conversación o a recibir a alguien en tu casa, enciértrate contigo mismo y entretente a solas con el corazón; mas si la conversación se ofrece, o si alguien te invita a departir con él, ve en nombre de Dios y alterna con tu prójimo muy justamente” (*Introducción a la vida devota*, III, XXIV).

Taciturnidad y autopresencia

Quizás ya se habrán dado cuenta que existe una estrecha relación entre la actitud de autopresencia y la taciturnidad. Francisco de Sales nos lo acaba de mostrar.

San Bernardo, el claravalense, desde otro ángulo, nos ilumina esta realidad: “Sólo se os manda soledad de mente y espíritu. Permaneceréis solos si no pensáis vulgaridades, si no amáis lo de actualidad, si despreciáis lo que muchos aprecian, si desecháis lo que todos desean, si evitáis las discusiones... Si no, no estaréis solos aunque viváis en soledad. ¿Veis, pues, cómo podéis estar solos aun viviendo en compañía de muchos, y vivir en compañía de muchos aun permaneciendo en soledad? En cualquier concurrencia grande que estéis, estaréis solos si cuidáis de no escuchar con curiosidad lo que se dice o de juzgar de ello con temeridad” (*Sermones sobre el Cantar*, XL:5).

Y se impone otro llamado de atención. Si bien estamos ponderando el silencio, no hemos de olvidar el valor de la palabra: ambos valen por igual, son inseparables, el valor de uno es el valor de la otra. La taciturnidad lo afirma. Pablo VI nos lo recuerda: para poder respetar el silencio, hay que saber respetar la palabra (cf. *Evangelica testificatio*, 46; Catequesis del 5-XII-73).

En la práctica diaria: dieta de silencio

Para evitar que toda esta doctrina quede en la nada, no hay más que traducirla en la práctica diaria. Un diplomático de talla internacional me recomendó hace años esta dieta de silencio; les aseguro que ayuda a mantenerse en peso:

- Di solamente aquellas cosas que puedan ser importantes para los demás.
- Pregunta sólo aquello que te es necesario saber.
- Discute siempre y cuando haya posibilidad de llegar a un acuerdo o conclusión.
- Piensa en alta voz sólo delante de aquellos para quienes esto tenga valor y sentido.
- No llenes el silencio con palabras vanas o inútiles.
- Mata el tiempo charlando sólo con aquellos que se sientan a gusto contigo.

Y hay postre para quien lo desea. Antes de hablar, pregúntate: ¿sé de qué voy a hablar?; ¿para qué voy a hablar?; ¿cuándo voy a hablar?; ¿cómo voy a hablar?; ¿ante quién voy a hablar?; y ¿vivo lo que hablo?

Después de esta cena, no temeremos la visita de aquel que dijo: “Darán cuenta de toda palabra que salga de sus labios” (Mt. 12:36-37).

Me voy acercando al final. José y Jesús me dejan con María. Nacimos en la soledad de su Sí, el de Nazaret y el del Calvario. De ese silencio suyo nacieron la Palabra y la Iglesia que la proclama.

Es María de San José: virgen y esposa, sola y solidaria. María de Dios: toda relativa a él e inclinada hacia nosotros.

La siento mujer: no vive para sí, comunica lo que es, crea comunión. Es tierra común y muy permeable al espíritu. Posee la esbeltez de la gacela, la fragancia del manzano en flor, la calidez de los nidos, la transparencia del aire, el llanto de las nubes, el pudor de la luna, la alegría del sol, el calor del fuego..., la sangre de los hombres y la vida de Dios. ¡Es la madre reconciliadora!

¿Adónde voy? Vuelvo. Hasta el necio, si calla, es tenido por sabio (Prov. 17:28).

Con un abrazo grande, en María de San José.

Bernardo